

Para una historiografía del comunismo

Algunas observaciones de método

*Horacio Crespo**

“Lo que diferencia decisivamente al marxismo de la ciencia burguesa no es la tesis del predominio de los motivos económicos en la explicación de la historia, sino el punto de vista de la totalidad [...] El dominio de la categoría de totalidad es el portador del principio revolucionario en la ciencia”

George Lukács, *Historia y conciencia de clase*, 1923¹

A pesar del sobresalto que hoy pueda causar en algunos el radicalismo del lenguaje y de la fórmula de Lukács, este es a mi juicio el principio metodológico esencial para abordar el problema historiográfico del comunismo desde la perspectiva actual. Punto de vista de la *totalidad social* que se traduce en la construcción de varias preguntas metodológicas sustantivas. Puede así lograrse una configuración epistemológica que permita, a la vez, el rechazo de la estrechez farisaica del positivismo académico con su afectación de austero rigor detallista y su cabal incapacidad para aprehender la complejidad de los procesos históricos, en paralelo con un posicionamiento propiamente *político* en el abordaje de la entera cuestión y sus consecuencias. Posicionamiento que debele tras la fachada pseudo objetivista del “nuevo” documentalismo y el sensacionalismo de las grandes “revelaciones” propio de la “renovada” *kremlinología* sajona posterior a la “caída del muro”, el disimulo de su efectiva continuidad con la tradición reaccionaria antibolchevique iniciada con la intervención imperialista de 1919, el maquiavelismo del coqueteo con el nacionalsocialismo en los años treinta para empujarlo a una guerra de agresión contra la Unión Soviética y el maniqueísmo de la Guerra Fría².

¿Qué representa hoy el estudio del comunismo desde el punto de vista de las grandes contradicciones sociales del mundo contemporáneo, de la época posterior a la caída del muro de Berlín, la implosión soviética y la liquidación del sistema de países socialistas? ¿Qué puede decir ese estudio confrontado con la realidad de la completa restauración capitalista en Rusia y en Europa Central y Oriental, el galimatías propuesto por el régimen social y político en los países del Cáucaso y Asia Central musulmana sometidos antes de 1991 a la hegemonía soviética, y el avance del capitalismo y la burguesía en China? ¿Cómo deben abordarse algunos complejos balances históricos, y no es el menor el del famoso “tercer período” de la Komintern, el ascenso del nazismo en Alemania, la derrota de la República Española, la culpabilización del comunismo en ambas coyunturas y el demonizado pacto “Molotov-Ribbentrop”, a la luz de algunas otras “revelaciones” de investigaciones que no han hecho tanto ruido pero que

* Profesor de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

¹ Georg Lukács. *Historia y conciencia de clase*. México, Editorial Grijalbo, 1969, páginas 29 y 30.

² Existe una importante corriente europea de estudios académicos de la historia del comunismo y de aprovechamiento de la apertura de los archivos que está muy distanciada y crítica de la perspectiva política e ideológica señalada aquí para los sajones. De esa producción podemos señalar al libro de Michel Dreyfus, Bruno Groppo, Claudio Ingerflom, Roland Lew, Claude Penetier, Bernard Pudal y Serge Wolikow. *Le siècle des communismes*. Paris, Éditions de l'Atelier / Éditions Ouvrières, 2004 [1^o edición: 2000]; y al libro de José Gotovitch, Mikhaïl Narinsky, Michel Dreyfus, Claude Penetier, Brigitte Studer, Henri Wehenkel y Serge olikow. KOMINTERN: L'histoire et les hommes. Dictionnaire biographique de 'Internationale communiste. En France, à Moscou, en Belgique, au Luxembourg, en uisse (1919- 1943). París, Éditions de L'Atelier, 2001. Respecto a los archivos comunistas, véase Serge Wolikow (dir.). *Une histoire en revolution? Du bon usage des archives, de Moscou et d'ailleurs*. Dijon, EUD, 1996.

demonstraron palmariamente el papel reaccionario, poco decoroso o maquiavélico de la mayor parte de la dirección política de católicos, demócratas y socialistas de Europa occidental y central en todo el proceso histórico de elevación del fascismo de los años veinte y treinta? ¿Cómo debe abordarse la historia de las discusiones y confrontaciones en el movimiento obrero, especialmente desde una región como América Latina, a la luz de la evolución de la socialdemocracia como co-gestora del gran capitalismo en los países centrales de Europa y en muchas ocasiones cómplice o ejecutora de políticas crudamente imperialistas? En suma, cuáles son las características del campo de conocimiento que contiene el abordaje de la historia política, social y teórica del comunismo en la época actual, de cierre del período histórico abierto con la Revolución Rusa de 1917 y de desarrollo de una ofensiva imperialista sin precedentes en el siglo XX, que se continúa sin interrupción en los comienzos del XXI. También, dialécticamente, el período que hoy vivimos: de evidencia de debilidades sistémicas estructurales en diversos puntos estratégicos, de crecimiento de contradicciones de los diversos centros imperialistas entre sí y con China y la emergencia de nuevos movimientos sociales y políticos contra-hegemónicos y de resistencia antiimperialista de muy variadas, complejas y hasta contradictorias características³.

El terreno del estudio del comunismo sigue siendo, bajo estas nuevas condiciones, un importante espacio de confrontación de posiciones políticas. El triunfo occidental en la Guerra Fría no apaciguó los esfuerzos propagandísticos y académicos destinados lisa y llanamente a combatir al comunismo. Luego de la caída del socialismo “real” de signo soviético se redoblaron los esfuerzos por parte de un sector de la *intelligentzia* en los países centrales, replicada como eco por su obediente coro en América Latina, para satanizar la experiencia histórica del comunismo, incluido por supuesto el socialismo cubano. La cuestión no se planteó en términos de una discusión “plural” y “abierta” conceptos que los ideólogos del liberalismo pronuncian extasiados y practican nulamente acerca de los alcances y límites de una grandiosa experiencia histórica que marcó todo el “corto” siglo XX, de sus errores y también de sus éxitos y potencialidades, y aun acerca de los graves problemas que supuso en términos de represión y gestión social, sino que se ha venido diseñando un monólogo autocomplaciente bajo el diseño de la completa *criminalización* de conjunto, con un creciente irracionalismo, soberbia y aun histerismo en las formulaciones, y un constante desapego del rigor en la investigación, de la contextualización histórica y la dimensión comparativa. Ya no se trata para este sector de historiadores y autores de las ciencias sociales académicas de liquidar a un enemigo sino de exorcizar a un terco fantasma.

EL PARADIGMA DEL TOTALITARISMO

El concepto de *totalitarismo* ha sido la principal herramienta que ha esgrimido la politología occidental para la caracterización de las sociedades construidas por la práctica del poder de los partidos comunistas, y en particular la Unión Soviética en el período estalinista y China durante el maoísmo. Es cierto que desde su restringido alcance inicial en los años treinta fascismo, nazismo y estalinismo el concepto se expandió. A partir de la Guerra Fría abandonó, a pesar de alguna obra excepcional como la de Hannah Arendt, su carácter de instrumento destinado a la “comprensión” de realidades históricas concretas y resbaló hacia una caracterización mucho más general, muy politizada, que paulatinamente perdió el pretendido rigor inicial y mostró con claridad su instrumentalidad ideológica y hasta su carácter de pura propaganda. Se constituyó, en efecto, en un paradigma difuso, polivalente, capaz de englobar potencialmente a cualquiera de

³ Para una aproximación a algunos puntos de vista que en general comparto respecto a la situación mundial actual y sus implicaciones en la teoría y la práctica de las ciencias sociales y la historia, véase los libros de Immanuel Wallerstein: *Abrir las ciencias sociales*. México, Siglo XXI Editores, 1996; *Impensar las ciencias sociales: límites de los paradigmas decimonónicos*. México, Siglo XXI Editores, 1998; *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*. México, Siglo XXI Editores, 2001; y *Crítica del sistema-mundo capitalista. Estudio y entrevista de Carlos Antonio Aguirre Rojas*. México, Ediciones Era, 2003.

los regímenes políticos y sociales distintos de la democracia liberal occidental, a condición de que por alguna razón antagonice con los intereses hegemónicos de las potencias.

Una evaluación de este paradigma es ineludible si se quiere establecer una base crítica para la construcción de una historia del comunismo. En este camino resulta útil una revisión del valioso libro de Enzo Traverso que sigue el itinerario del debate en torno al *totalitarismo* como concepto y teoría escrito en clave de la nueva historia intelectual y pretende recuperar para el concepto una dimensión crítica y una productividad política de izquierda, en el itinerario de Arendt y Marcuse⁴. Traverso elude los acostumbrados lugares comunes de los politólogos anticomunistas estadounidenses y europeos occidentales tanto de matriz conservadora como socialdemócrata y las simplificaciones sobreideologizadas usuales en la “ciencia” social hoy predominante que se viste monótonamente con los “uniformes ideológicos” afortunada expresión del mismo Traverso del período de la hegemonía neoliberal y la llamada *globalización*. Por ello es necesario someter su trabajo a un análisis incisivo.

A pesar de los reparos críticos que exhibe, su examen se sostiene sobre la equívoca noción de “sociedad civil”, que lo aherroja y desde la cual habla sin distanciamiento real, y sobre una noción de la política derivada de aquella que resulta en última instancia tributaria y alineada con el liberalismo democrático. Es cierto que señala las debilidades respecto de la práctica democrática del liberalismo “realmente existente” en el período histórico del surgimiento de los llamados totalitarismos, pero lo hace para subrayar la positividad de la vigencia del estado de derecho en ese tiempo conculcado precisamente por esa irrupción de los fascismos y del comunismo. La visión histórica del transcurrir del siglo XX se traza desde esa perspectiva: “Los totalitarismos el estalinismo como el nazismo tienden a suprimir las fronteras entre el Estado y la sociedad. [...] postulan la absorción de la sociedad civil, hasta su aniquilamiento, en el Estado [...] el totalitarismo es la aniquilación de lo *político* en cuanto lugar de la alteridad, la anulación del conflicto, del pluralismo que atraviesa el cuerpo social sin el cual ninguna libertad sería concebible”⁵. Un sesgo de deslizamiento eurocéntrico conduce a Traverso a la discutible afirmación de la “reabsorción” de las guerras antiimperialistas por la lógica del enfrentamiento de valores e ideologías europeas⁶, paralela a la ausencia de mención *significativa* de los crímenes genocidas del imperialismo europeo desde el siglo XVI en América, Asia y África, y también por la democracia estadounidense desde su constitución a fines del XVIII. Sólo desde una perspectiva de conjunto, desde una epistemología radicalmente crítica de la *occidentalización* y, actualmente, del liberalismo concomitante, es que podría eventualmente reevaluarse el concepto de totalitarismo y otorgarle alguna productividad de conocimiento, y eludir una visión moralizante de la historia desde un *deber ser* ideologizado. Esta dimensión falta en el autor que comentamos.

Traverso no resiste bien las discretas facilidades de la culpabilización uniformizadora: el parangón del nazismo con el estalinismo bajo el común epíteto de “criminales”⁷ aunque a la

⁴ El posicionamiento indicado del autor: Enzo Traverso. *El totalitarismo. Historia de un debate*. Buenos Aires, EUDEBA, 2001, páginas 12, 141 y 142. Otros trabajos importantes acerca del tema: Ian Kershaw. *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2004 [1ª edición en inglés: 1985, revisada en el año 2000], capítulo 2, muy crítico de la productividad del concepto; Brigitte Studer. “Totalitarisme et stalinisme”, en Michel Dreyfus y otros: *Le siècle des communismes*. Op. cit., páginas 33 a 63.

⁵ Enzo Traverso. *El totalitarismo. Historia de un debate*. Op. cit., página 23. Los problemas de inicios del siglo XX del liberalismo con la democracia anidaban en “su simbiosis entre burguesía y aristocracia, su limitación más o menos drástica del sufragio y la exclusión de las clases trabajadoras” (página 19). Las inconsecuencias y claudicaciones del liberalismo frente al fascismo son subrayadas en páginas 80 y 81, aunque habla “de la solidez de las democracias occidentales en los años siguientes a 1945”, precisamente los años de las guerras coloniales e intervenciones imperialistas en amplia escala en Indochina, Malasia, Kenia, Sudáfrica, Guatemala, Argelia, el Congo, Vietnam, y de la partición de Palestina y el *apartheid* sudafricano, entre otros crueles procesos impulsados, tolerados o solapados por la “sólidas democracias”. Traverso tampoco señala la tensión irresoluble entre asimetrías estructurales de la sociedad generadas por la propiedad privada y la supuesta “universalidad” de los derechos postulados por el liberalismo.

⁶ *Ibidem*, página 18.

⁷ *Idem*, páginas 28 y 56. Utiliza la categoría de “Estado criminal”, de Yves Ternon (página 24).

vez y en forma contradictoria su trabajo fundamenta explícitamente una radical distinción entre ambos, establecida en torno al genocidio racial practicado sólo y como característica distintiva por el nazismo, y a la irreductibilidad del antagonismo entre fascismo y comunismo⁸. También señala con agudeza en la línea ya mencionada de Arendt y Marcuse, entre otros la común relación con elementos constitutivos de la modernidad occidental, aunque establece claramente la diferencia en cuanto al rechazo por los fascismos del legado de las Luces, mientras el estalinismo se mostraba como el heredero legítimo de la Revolución Francesa y el progreso⁹. Esto lo conduce al planteamiento de la necesidad de conceptualizar una pluralidad de totalitarismos, lo que en definitiva disuelve el valor heurístico de la categoría, caracterizada, como bien dice, por “una sustancial ambigüedad”¹⁰.

El debate acerca del totalitarismo, bien relacionado por nuestro autor, se ha extendido durante más de ocho décadas. Inicialmente, entre 1923 y 1933, el término fue acuñado como adjetivo por el antifascismo para ser de inmediato apropiado y reelaborado ya como concepto sustantivo por el fascismo italiano, la “revolución” conservadora alemana y el falangismo español, este último importante de señalar para nosotros por la influencia que ejercerá sobre muchos intelectuales y políticos de derecha latinoamericanos¹¹. A partir de 1933 y hasta 1947 la idea del totalitarismo alcanzó gran difusión en el seno de la cultura antifascista del exilio, tanto italiana como alemana e hizo su aparición en los primeros críticos de izquierda del estalinismo. Franz Borkenau quien provenía de la Escuela de Frankfurt, autor de una historia de la Internacional Comunista, luego un furioso anticomunista de la Guerra Fría parece ser el primero que juntó hitlerismo y estalinismo bajo la común denominación de totalitarismo.

En 1939 y con el pacto Molotov-Ribbentrop su uso se amplió para definir en términos comparativos la Alemania nazi y la URSS. En cuanto a Trotsky, a partir de dicha acción diplomática el término totalitarismo ya usado anteriormente especialmente en *La revolución traicionada* de 1936 apareció con frecuencia en sus artículos para indicar la afinidad entre estalinismo y nazismo, siempre acompañado de la aclaración de que las bases sociales de los dos regímenes eran profundamente distintas. Y según Traverso podría construirse una “teoría marxista del totalitarismo”, de la que serían fundadores el mismo Trotsky, Karl Korsch y Otto Ruhle¹².

Entre 1947 y 1968, con la Guerra Fría, el concepto de totalitarismo se unilateraliza y se convierte en una categoría básica del anticomunismo para designar al enemigo del “mundo libre”. Retomando la línea trazada por los trabajos de los exiliados antiestalinistas y de los ex comunistas pasados al liberalismo, la elaboración provino de la soviología estadounidense, iniciada por Carl Joachim Friedrich luego alimentada por los trabajos de Zbigniew Brzezinski, Adam Ulam y Merle Fainsold entre otros, que propuso un modelo de sistema político totalitario integrado por la presencia de ideología oficial, partido único de masas, terror policial, control total de los medios de información, monopolio del poder armado y economía planificada. Los sistemas totalitarios se diferencian cualitativamente de otros tipos conocidos de regímenes autoritarios sobre la base de una ideología construida como crítica de toda organización social anterior y como propuesta de reconstrucción radical del hombre y la sociedad y la inhibición de todo freno moral o legal tradicional tras la justificación de recurrir a cualquier medio para consolidar su poder y realizar su proyecto. La presencia de lo que Brzezinski llama “el impulso

⁸ *Idem*, páginas 8 y 20.

⁹ *Idem*, páginas 21 a 25.

¹⁰ *Idem*, páginas 11 y 20.

¹¹ Para ver la apropiación identitaria del término por el fascismo español hasta el fin de la Guerra Civil en 1939, véase José Luis Rodríguez Jiménez. *Historia de la Falange Española de las JONS*. Madrid, Alianza Editorial, 2000, páginas 70, 103, 130 a 131, 142 a 143, 178 y 247. Traverso desestima la significación del totalitarismo de España y Portugal, por ser regímenes tradicionalistas y conservadores, (*Op. cit.*, página 27) y excluye al castrismo según él “una revolución desfigurada de la “aniquilación totalitaria de la política” a pesar de “su carácter represivo, autoritario y antidemocrático”, (página 7). Especifica, además, que “No todas las formas de fascismo o de estalinismo son asimilables al totalitarismo”, ejemplificando con la República Democrática Alemana y Checoslovaquia (páginas 27 y 28).

¹² Enzo Traverso. *Op. cit.*, páginas 59 a 61.

coactivo del aparato” para la acción ideológicamente ortodoxa tendiente a destruir todas las organizaciones y grupos sociales que puedan constituir obstáculos para la completa subordinación de la sociedad a su dirección redondea la descripción del modelo¹³. Los parámetros se articulan de manera polarizada con un idealizado tipo occidental, liberal o “abierto” de sociedad, y el virtual sentido apologético respecto de esta última de toda la construcción intelectual es fácilmente discernible. Por la prolongación de sus efectos y también por la traslación mecánica de conceptos en algunos casos como Argentina y otros países de América Latina, los críticos liberales utilizaron la idea contra el peronismo y otros regímenes vigentes en ese momento, y por supuesto luego contra la Revolución Cubana¹⁴.

Desde 1968 hasta 1989, con el surgimiento del “revisionismo” en la kremlinología anglosajona que atendió mucho más las dimensiones sociales y culturales de los fenómenos y procesos estudiados, el concepto fue recusado fuertemente en los países donde había sido dominante: Estados Unidos y Alemania occidental, en esta última vigente desde los años cincuenta, a partir de los trabajos de historia erudita sobre el nazismo de Kart Dietrich Bracher. Según Robert Tucker: “De acuerdo a la escuela filosófica a la que pertenece el profesor Brzezinski la peculiar novedad de este siglo son las dictaduras totalitarias tal y como aparecen en la Unión Soviética, la Alemania nazi y la Italia fascista, y lo que hay que esperarse, por consiguiente, de la ciencia política es, sobre todo, una teoría del totalitarismo”. Pero el concepto de totalitarismo elaborado por dicha escuela no es, para el crítico de Brzezinski, un concepto básico adecuado para el estudio político comparado ya que ha pretendido borrar las diferencias entre las variantes comunista y fascista de la dictadura moderna revolucionaria movilizadora. Y también elimina una tercera variable, la de los regímenes revolucionarios de partido único. Para Tucker, entonces, el concepto adecuado es el de “régimen-movimiento” con tres variedades distintas: el comunismo, el fascista y el nacionalista¹⁵. En el renovado estudio del comunismo surgieron temas tales como la diferencia entre leninismo y estalinismo, los problemas generados por la colectivización forzosa de la agricultura, el cuestionamiento de la eficacia monolítica de los aparatos del Estado y del partido, la complejidad de la cuestión del terror en la década de los treinta.

El concepto de totalitarismo reapareció en Francia a comienzos de los años ochenta alentado por la publicación de *Archipiélago Gulag* de Solzhenitzin y por la irrupción de los *nuevos filósofos*, siendo redescubierto también por disidentes de Europa Oriental en el exilio. Desde la caída del muro de Berlín y la desaparición de la Unión Soviética se asiste a una renovación de su uso y el concepto de totalitarismo se ha convertido en una “clave de lectura del siglo XX y en un instrumento de legitimación del Occidente victorioso”, como lo denomina adecuadamente Traverso¹⁶.

Un ejemplo actual del reverdecimiento del uso del concepto de totalitarismo y su sentido ideológico reaccionario lo constituye el trabajo de Michael Burleigh, autor de una difundida historia de la Alemania hitlerista:

“Aunque en los tres últimos decenios se han hecho intentos de desterrar el término ‘totalitarismo’ de la buena sociedad académica, sigue siendo un concepto útil para *todo aquel que no ande esforzándose por evitar equiparar el nacionalsocialismo con el comunismo soviético*; y para todo aquel que se interese por la psicología

¹³ Zbigniew Brzezinski. “La naturaleza del sistema soviético”, en Donald W. Treadgold (prólogo y dirección). *El desarrollo de la URSS*. Madrid, Editorial Tecnos, 1969, página 23; y también Carl J. Friedrich y Zbigniew Brzezinski. *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*. Cambridge, Harvard University Press, 1956.

¹⁴ Un ejemplo es el periodista cubano Guillermo Martínez Márquez, miembro del Partido Revolucionario Cubano Auténtico en los años ‘30 y ‘40, director de *El País* de La Habana, exiliado inmediatamente después del triunfo de la revolución y prominente miembro de los grupos anticastristas de Miami. Fue uno de los fundadores de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP).

¹⁵ Robert C. Tucker. “La cuestión del totalitarismo”, en Donald W. Treadgold. *Op. cit.*, páginas 51 y 52.

¹⁶ Enzo Traverso. *Op. cit.*, página 162. A este período corresponden obras como la de François Furet, *El porvenir de una ilusión* y Stephan Courtois, *Le livre noir de communisme*.

básica y no sólo por la superficie de las cosas”¹⁷. Burleigh expone una génesis del término y produce textos como el que sigue: “Aunque se dé a veces la impresión de que el término ‘totalitario’ es algo exclusivo de gente a la que se suele estereotipar como ‘combatientes de la Guerra Fría’, deseosos de perjudicar al comunismo soviético asociándolo con el nazismo, en realidad, los socialistas democráticos de la corriente general, por no hablar ya de los sectarios trotskistas, contaban con un honroso historial de denuncia de la pesadilla que era la Unión Soviética, y utilizaron a menudo el término ‘totalitario’ para hacerlo. Después de todo, muchas de esas personas tenían experiencia de primera mano del trato con estalinistas en sus contextos políticos locales. Como comentaba Ernest Bevin, el ministro de Asuntos Exteriores laborista inglés de la posguerra, después de su primera entrevista con Molotov: ‘¡Pero si son exactamente igual que los malditos comunistas!’ a los que había tenido que enfrentarse ya en la política interior inglesa”¹⁸.

La inspiración explícita de Burleigh es *1984* de George Orwell. Al respecto resulta sintomático del estado de opinión reinante en la actualidad dentro de muchos círculos académicos y políticos occidentales el hecho de que un libro dedicado al Tercer Reich, que se presenta como “una nueva historia” del mismo, dedique tanto esfuerzo en denostar al comunismo, con párrafos que muestran el nivel y la calidad argumentativa de cierta “ciencia social” actual:

“La visión más convincente de una sociedad totalitaria desarrollada tal vez sea la de *1984*, esa gran novela tan intimidatoria de George Orwell [...]. El libro de Orwell resultó de especial eficacia por estar escrito en un inglés deliberadamente podado para adaptarlo al tema; el lugar que Orwell describió se parece, como la situación bajo el totalitarismo real existente, a una foto privada de color local, que es al mismo tiempo algún sitio y todos, aunque se trate inconfundiblemente de un retrato de la Rusia de Stalin, donde la delación y la represión se unían a una comida que no sabía a nada, navajas de afeitar sin filo, ginebra aceitosa y cerveza floja, embustes y carencia económicas reales en medio de una teórica abundancia estadística”¹⁹.

Existe una opinión que hace de los intelectuales “héroes críticos” de nuestro tiempo, encarnación de una ética sin claudicaciones ni concesiones y también, hay que decirlo... sin responsabilidades, al menos de aquellas emanadas del ejercicio del poder. El viejo dilema de Weber. Claro que esta ética “de las convicciones” de los intelectuales anticomunistas también brinda notables traspiés, públicamente ocultados por sus admiradores liberales: en el caso de Orwell, quien no vaciló en delatar a plena conciencia a sus amigos por intermedio de una versión bastante victoriana de Mata Hari, no deja de ser una mácula inconveniente que oscurece la pretendida *pureza* del mensaje antitotalitario del autor de *1984*, y lo deja en plena Guerra Fría como un renegado vocero de la decepción sin alternativas, como bien lo señaló en su momento Isaac Deutscher²⁰.

UN PROBLEMA FUNDAMENTAL: LA NATURALEZA DEL ESTALINISMO

¹⁷ Michael Burleigh. *El Tercer Reich. Una nueva historia*. México, Punto de Lectura, 2005 [1 edición inglesa: 2000], página 54. El subrayado es mío.

¹⁸ *Ib-ídem*, página 56.

¹⁹ *Idem*, páginas 57 y 58.

²⁰ Citado por Enzo Traverso. *Op. cit.*, página 92.

La naturaleza del estalinismo es un problema capital para la historiografía del comunismo, ya que esta problemática atañe a uno de los períodos centrales de la experiencia histórica del mismo: la construcción de la Unión Soviética, la institucionalización de la economía planificada, la colectivización campesina y la industrialización, la lucha contra el nazismo y la victoria en la Segunda Guerra Mundial, la conformación y consolidación de un “sistema socialista” integrado por numerosas naciones que abarcó la tercera parte de la humanidad y se constituyó en el desafío fundamental para la coalición de países imperialistas dirigida por Estados Unidos en el inicio de la Guerra Fría. Sigo estimando el juicio de Isaac Deutscher ya muy lejano en el tiempo fue formulado en 1948, refrendado en 1960 y contiene fuerte poder anticipatorio como una espléndida guía para adentrarse en este conflictivo y difícil terreno:

“Lo que parece definitivamente establecido es que Stalin pertenece a la estirpe de los grandes déspotas revolucionarios, la misma a la que pertenecieron Cromwell, Robespierre y Napoleón. [...] Stalin es grande si su estatura se mide por la magnitud de sus empresas, el alcance de sus acciones y la vastedad del escenario que ha dominado. Es revolucionario, no en el sentido de que haya permanecido fiel a todas las ideas originales de la revolución, sino porque ha puesto en práctica un principio fundamentalmente nuevo de organización social [...] Finalmente, su inhumano despotismo no sólo ha viciado gran parte de sus logros, sino que aún puede llegar a provocar una reacción violenta contra éstos, en que la gente podría inclinarse a olvidar, durante cierto tiempo, contra qué reacciona, si contra la tiranía del stalinismo o contra su ejecutoria progresista en lo social”²¹

El libro de Deutscher quien políticamente fue un convencido antiestalinista y el gran biógrafo de Trotsky fue objeto de encendida crítica por algunos defensores de la interpretación totalitarista como Bertram D. Wolfe, David Shub y especialmente Franz Borkenau, quienes lo acusaron de “habilitoso apologista”. Deutscher estableció claramente la diferencia histórica de Stalin con Hitler, que el paradigma totalitario vimos que se encarga de confundir, en estos términos sintéticos: “no puede compararse a Stalin con Hitler entre los tiranos cuya ejecutoria ha sido absolutamente negativa y fútil. Hitler fue el jefe de una contrarrevolución estéril mientras Stalin ha sido tanto el jefe como el explotador de una revolución trágica y contradictoria en sí misma, pero creadora”, y hace el balance del estalinismo como la vía forzada de Rusia hacia la modernidad cuyos frutos fueron progresistas y han sido recogidos por las generaciones siguientes. La crítica del estalinismo como “despotismo burocrático” generador de “atrofia moral y política” en Rusia sería el paradójico resultado de su propio éxito en la transformación de las bases materiales de la sociedad²².

El llamado estalinismo que como sistema político y social es por supuesto más amplio que la dictadura personal de Stalin en la URSS, fue responsable, a la vez, de terror y represiones brutales, deportaciones masivas y la constitución de un sistema penal basado en el trabajo forzado de millones de personas, junto con la violación grave y sistemática de la legalidad ciudadana en la Unión Soviética y, luego de la Segunda Guerra Mundial, en los países integrantes del bloque socialista. Este último punto, que subraya la *arbitrariedad* como un problema decisivo de la dictadura estalinista y de su concepción del Estado socialista, resulta capital, y al respecto es pertinente una afirmación de Edward Thompson en 1976:

²¹ Isaac Deutscher. *Stalin. Biografía política*. México, Ediciones Era, 1965 [Edición original en inglés, 1949], página 511.

²² La referencia a la crítica inicial en páginas 11 a 15. El balance escrito en 1960 en páginas 561 a 566. Deutscher aplica en ocasiones el adjetivo “totalitario” al régimen de Stalin, pero esto sólo muestra el grado de consenso que el término tenía en esa época (1947-1949) en los medios académicos anglosajones en los que actuaba el autor y cómo se había introducido en el lenguaje habitual del análisis histórico político, ya que en Deutscher es vagamente descriptivo y no le adjudica ninguno de los elementos que lo articulaban teóricamente; ya vimos como explícitamente el autor descalificaba la homologación de comunismo y nazismo.

“Todo lo que hemos presenciado en este siglo [el XX] nos sugiere que ningún pensador socialista serio puede suponer que el gobierno de algún tipo de ley si bien leyes socialistas y no capitalistas no es un profundo bien humano. Los intentos de algunos teóricos socialistas para evitar esta cuestión no puede explicar dos cosas: una, la evidencia histórica de este siglo de los asombrosos poderes que puede lograr un Estado socialista, o que puede lograr un llamado Estado socialista. Y, segundo, el hecho de que la gente obrera de los países avanzados, y probablemente de la mayoría de los lugares, sea profundamente consciente del peligro que para ellos existe en el Estado”²³.

El régimen de Stalin, además, fue causante de errores y deformaciones graves en la práctica de los partidos comunistas sujetos a su obediencia, tanto en la III Internacional como en el período posterior a su disolución en 1943. Respecto de la Komintern, que es todo un problema específico y que no puede subsumirse en el hecho estalinista, una valoración general se encuentra en la apreciación del dirigente chino Zhou Enlai, quien además de haber desempeñado un papel excepcional en la revolución tuvo una larga experiencia en la misma Internacional Comunista. Zhou reconoce la necesidad de la fundación de la Internacional, y también de su disolución y hace un balance del papel histórico de la organización dividiendo su desarrollo en tres etapas de ocho años cada una, la fase inicial desde su fundación en marzo de 1919 hasta julio de 1927²⁴, una fase intermedia hasta el VII Congreso en julio de 1935 y la última, hasta su disolución en mayo de 1943. Citando a Mao, afirma a manera de balance que “su papel fue positivo al comienzo y al final y negativo en su fase intermedia. El que desempeñara un papel positivo al comienzo y al final no quita que tuviera algunas fallas; ni tampoco su papel negativo en la fase intermedia significa una total ausencia de méritos”²⁵. En cuanto al período posterior a la Segunda Guerra Mundial el análisis del estalinismo es mucho más problemático, signado como está por la imposición de dictaduras de modelo soviético en los países de Europa oriental y central y su “satelización”, la ruptura con Tito, las iniciales dificultades con la revolución china y Mao, y los problemas de una concepción centralizadora y burocrática anclada en los intereses de la propia Unión Soviética y no en el desarrollo revolucionario mundial²⁶.

El estalinismo constituye un momento esencial en el itinerario de la teoría marxista desde la década de 1920, al convertirla en la ideología oficial del Estado sujeta a severas distorsiones dogmáticas y un progresivo embotamiento y esclerosis de su espíritu crítico y su capacidad de desarrollo en confrontación con otras corrientes del pensamiento contemporáneo, lo que desembocó en un “autismo” de desastrosas consecuencias, que atentaba contra su misma supervivencia como tan bien subrayó Lukács al final de su compleja trayectoria. También ocurrió un hecho que señaló con fuerza, entre otros, Thompson: sobre la base de un excesivo economicismo la simplificación extrema del comportamiento y las motivaciones humanas, el empobrecimiento de una sensibilidad del lenguaje, la primacía de categorías que abolían la existencia efectiva de una conciencia moral tanto en la historia como en el presente, la exclusión de toda una zona de pasión imaginativa²⁷. Las condiciones en que se desarrolló el ejercicio intelectual en la Unión Soviética afectaron enormemente la posibilidad de confrontación con la

²³ Edward P. Thompson. *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona, Editorial Crítica, 1979, página 299.

²⁴ Zhou Enlai. “La Internacional Comunista y el Partido Comunista de China”, en *Obras Escogidas. Tomo II*. Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1989, páginas 332 a 346. Zhou ubica el término del primer período en una fecha importante para el Partido Comunista de China (ruptura con el Kuomintang y masacre de Shangai) y no relacionado con los eventos de la propia IC, lo cual correría la fecha a julio de 1928, con la realización del VI Congreso y el cambio de línea al “tercer período” y “clase contra clase”. Reafirma esto la idea central de la interpretación maoísta de que la historia de la Internacional debe hacerse en estrecha relación con la historia de la revolución en cada país.

²⁵ *Ib-ídem*, página 332.

²⁶ Fernando Claudín. *La crisis del movimiento comunista. De la Komintern al Kominform*. París, Editorial Ruedo Ibérico, 1972.

²⁷ Edward P. Thompson. *Op. cit.*, página 316.

práctica social y en consecuencia el desarrollo mismo de la teoría social fundada en esa práctica.

El estudio actual acerca del llamado estalinismo debe tener en cuenta críticamente que el estalinismo está en el centro del accionar ideológico y político en torno a la valoración de la experiencia histórica del comunismo. Debe realizarse una cuidadosa ponderación de los modelos de interpretación y el conocimiento empírico aportado por las diversas vertientes políticas e historiográficas que se han ocupado de él y abrir un debate que ponga en cuestión nuevamente una concepción global acerca del fenómeno y de los problemas múltiples que se relacionan con ella. Estas tradiciones político-interpretativas son las siguientes:

Primera: los textos editados de Stalin y de los integrantes de su grupo y las justificaciones sucesivas que hizo del proceso el propio estalinismo. Se ha tendido a menospreciar este *corpus* textual por su carácter dogmático, propagandístico o de exaltación al “jefe” o “culto de la personalidad”. Pero haciendo caso omiso de esta retórica constituyen una fuente esencial para abordar un proceso historiográfico responsable. De la misma manera, los documentos públicos emanados de la dirección estalinista de la Internacional y del Kominform, y de los partidos comunistas en ese período. Por supuesto que a esto se agrega la imponente masa documental abierta después de 1991, con los muchos problemas que supone tanto de tipo crítico como hermenéutico, y el trabajo académico que se está produciendo con ella.

Segunda: el trotskismo. Estuvo en el centro del proceso que culminó con la constitución del llamado estalinismo como la corriente política y teórica hegemónica en el interior del comunismo y desde el trotskismo se elaboró una temprana y aguda crítica del régimen soviético bajo Stalin, a través de la obra del propio Trotsky, y la de algunos continuadores y disidentes como Bruno Rizzi y James Burnham.

Tercera: el maoísmo se relaciona con el fenómeno estalinista de una manera contradictoria. Traza lazos de continuidad con su experiencia histórica como “necesaria” en un sentido dialéctico a la vez que se separa de él mediante el ejercicio de una crítica radical, que cuestiona en profundidad elementos sustantivos de sus concepciones políticas y teóricas, fundamentalmente en tres aspectos esenciales: la “acumulación socialista primitiva” (categoría creada por Eugueni Preobrazhenski) a expensas del campesinado, la concepción acerca de la relación entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la dictadura del proletariado y la concepción acerca del Partido Comunista y su relación con las masas del pueblo²⁸. Las críticas del jruschovismo a Stalin se cuestionaron en dos textos fundamentales: *De la experiencia histórica de la dictadura del proletariado* y *Nuevas consideraciones acerca de la experiencia histórica de la dictadura del proletariado*, de abril y noviembre de 1956, reflexiones en torno al XX Congreso del PCUS y a los sucesos en Polonia y Hungría, en el que la figura de Stalin se magnifica como defensor del leninismo y constructor de una potente economía socialista, mientras que “algunos errores graves” como el culto a la personalidad, los excesos represivos y la falta de vigilancia antes del ataque nazi en 1941 son reconocidos sin demasiada estentoreidad. Se denuncia el dogmatismo y la desigualdad entre los partidos comunistas, pero se previene contra el revisionismo, que será la gran acusación que la dirección china lanzará abiertamente contra el jruschovismo en 1963, enmarcando así las denuncias contra el estalinismo del XX y XXII congresos del PCUS²⁹.

Cuarta: la producción política, historiográfica y de las ciencias sociales en Rusia, desde la crítica del jruschovismo y los disidentes de la época de Brejnev hasta la actualidad, en particular la investigación efectuada a partir de la *Perestroika* y luego de la disolución de la URSS³⁰.

²⁸ Mao Tsetung. *Una crítica de la economía soviética*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982 [1ª ed. en inglés: Monthly Review Press, New York, 1977], página 9.

²⁹ Véase Chen Po-ta. *Stalin and the Chinese Revolution*. Peking, Foreign Language Press, 1953. La opinión oficial del PC de China en vida de Stalin. Jacques Guillermez. *El Partido Comunista chino en el poder (1949-1973)*. Barcelona, Ediciones Península, 1975, páginas 195 a 206, y 325 a 343.

³⁰ Para una valoración de esta producción, véase Zhores A. Medvedev y Roy A. Medvedev. *El Stalin desconocido*. Barcelona, Editorial Crítica, 2005 [1ª edición en inglés, 2003].

Quinta: la kremlinología occidental en sus diversas variantes, y los estudios académicos europeos durante la Guerra Fría y posterior a la caída del muro y la implosión de la Unión Soviética.

NOTAS METODOLÓGICAS: GRAMSCI / THOMPSON

Perry Anderson, en relación a la construcción de una historiografía crítica de los partidos comunistas, llama nuestra atención acerca de las anotaciones de Antonio Gramsci respecto de la metodología de la historia de los partidos políticos³¹.

Conviene recuperarlas textualmente:

“Cuando se quiere escribir la historia de un partido político en realidad hay que encarar toda una serie de problemas mucho menos simples de lo que cree, por ejemplo Roberto Michels, que sin embargo es considerado un especialista en la materia. ¿Qué será la historia de un partido? ¿Será la mera narración de la vida interna de una organización política? ¿Cómo nace, los primeros grupos que la constituyen, las polémicas ideológicas a través de las cuales se forma su programa y su concepción del mundo y de la vida? En ese caso se trataría de la historia de grupos restringidos de intelectuales y a veces la biografía política de un individuo aislado. El marco del cuadro, por lo tanto, tendrá que ser más amplio y global. Deberá hacerse la historia de una determinada masa de hombres que habrá seguido a los promotores, los habrá apoyado con su confianza, con su lealtad, con su disciplina, o los habrá criticado “realistamente” dispersándose o permaneciendo pasivos frente a algunas iniciativas. ¿Pero estará constituida esta masa solamente por afiliados al partido? ¿Será suficiente seguir los congresos, las votaciones, etcétera, o sea todo el conjunto de actividades y modos de existencia con que una masa partidaria manifiesta su voluntad? Evidentemente habrá que tomar en cuenta el grupo social del que el partido dado es expresión y parte más avanzada: la historia de un partido, pues, no podrá dejar de ser la historia de un determinado grupo social. Pero este grupo no está aislado: tiene amigos, afines, adversarios, enemigos. Sólo del complejo cuadro de todo el conjunto social y estatal (y a menudo incluso con interferencias internacionales) se desprenderá la historia de un determinado partido, por lo que puede decirse que escribir la historia de un partido significa lo mismo que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para poner de relieve un aspecto característico. Un partido habrá tenido mayor o menor significado y peso en la medida en que su particular actividad haya pesado más o menos en la determinación de la historia de un país. He ahí pues que del modo de escribir la historia de un partido se desprende qué concepto se tiene de lo que es un partido o lo que debe ser. El sectario se exaltará en los detalles internos, que tendrán para él un significado esotérico y se llenarán de místico entusiasmo; el historiador, aun dando a cada cosa la importancia que posee en el cuadro general, pondrá el acento sobre todo en la eficiencia real del partido, en su fuerza determinante, positiva y negativa, en el haber contribuido a crear un acontecimiento y también en el haber impedido que otros acontecimientos se realizasen³².

Gramsci insiste en la idea del sectario como aquél que no “logra ver cómo el partido político no es sólo la organización técnica del partido mismo, sino todo el bloque social activo del cual el partido es la guía porque es la expresión necesaria”³³. O sea, aquél que no se percatara

³¹ Perry Anderson. “La historia de los partidos comunistas”, en Raphael Samuel (ed.). *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona, Editorial Crítica, 1984 [1ª edición inglesa: 1981], página 154.

³² Antonio Gramsci. *Cuadernos de la cárcel. Tomo 5*. México, Ediciones Era / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1999, páginas 74 y 75.

³³ *Ib-ídem*, página 228.

de la organicidad básica de los fenómenos sociales y políticos, de su interrelación histórica esencial.

Siguiendo este criterio Anderson establece algunos puntos esenciales para el estudio marxista de un partido comunista. 1) La consideración de la historia política interna, número de afiliados, organización, líderes, tendencias y política del partido, programas, cambio de línea, luchas funcionales. Un recaudo importante: debe evitarse el reducir la historia al debate político en un reducido grupo de liderazgo; por más importancia e interés que tenga el tema, abrir el paso a la historia social de los componentes partidarios, una tendencia que se afirma en la nueva historiografía europea del comunismo. También esto se observa en los nuevos abordajes respecto de la historia soviética, incluido el estalinismo, no bien se ejerció la crítica del llamado “revisiónismo” al paradigma totalitarista en la politología estadounidense. 2) Tener en cuenta el equilibrio nacional de fuerzas. La presencia del partido en la clase obrera, la lucha por su liderazgo, las relaciones con otros sectores sociales, con los intelectuales, y la relación de la burguesía y los sectores dominantes con el partido comunista. Anderson señala como esencial, en la senda de Gramsci, “una valoración *general* del equilibrio de fuerzas, nacional e internacional, para cualquier explicación materialista de un partido comunista dado. Ninguna historia ‘interna’ de un partido puede ser satisfactoria”³⁴

Debe prestarse particular atención a la cultura política nacional, a sus especificidades. Es en este punto donde el tema del sectarismo alcanza sus mayores expresiones, en particular respecto a los grupos no comunistas de la clase obrera nacional, los obreros socialdemócratas o vinculados a las expresiones “populistas”, particularmente en América Latina, y también a los sectores apáticos, apolíticos o influidos directamente por los partidos burgueses o por el catolicismo. De esta manera se plantea la construcción de una historia de los partidos comunistas que confluya con una historia política y social de la clase obrera nacional elaborada con base en una concepción *thompsoniana* tal como se articuló en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, eludiendo toda metafísica de “centralidad” o de “misión histórica” del proletariado y toda supuesta encarnación por parte del partido/vanguardia de un sentido teleológico de la historia. Es importante también considerar la relación con los intelectuales y artistas, las características de su integración al partido, la relación con los intelectuales no comunistas. Este resulta un campo particularmente interesante para América Latina, por la peculiar posición de los intelectuales en relación con la política y el cambio social en el período de construcción y consolidación de los proyectos comunistas en la región. También debe plantearse la relación del comunismo con la tradición y la cultura nacional, en lo que Eric Hobsbawm se reveló como un historiador excepcional³⁵.

Es imposible omitir el papel de la III Internacional en el surgimiento y configuración de los partidos comunistas, o disminuir su significación en todo el fundamental período inicial. Esta presencia directa y sin contrapeso disminuyó en períodos posteriores, particularmente los años de la estrategia del frente popular a partir de 1935 hasta la disolución en 1943. Desde la posguerra los partidos comunistas reivindicaron crecientemente su propia “vía nacional” al socialismo y a partir del XX Congreso del PCUS en 1956 esto se acentuó todavía más, principalmente en algunos partidos de Europa occidental y notablemente en el Partido Comunista Italiano conducido desde la idea del “policentrismo” del movimiento comunista internacional formulada por Palmiro Togliatti. También hay que relativizar la idea de los partidos comunistas como simples marionetas de la Internacional o del Kominform, manejados desde Moscú, sin ningún arraigo o autonomía nacional.

Precisamente la cuestión del grado del logro de *arraigo nacional* a través del aprovechamiento de coyunturas históricas decisivas es un hecho fundamental a estudiar en términos de la historia diferencial de los diversos partidos comunistas y la atención a este punto constituye una principalísima advertencia metodológica: la cuestión de la construcción de

³⁴ Perry Anderson. *Op. cit.*, página 164.

³⁵ Para un tratamiento más amplio de esta cuestión véase Horacio Crespo. “Marxismo e historia social”, en Gumersindo Vera Hernández, Alejandro Pinet Plasencia, Pedro Quintino y Franco Savarino (coordinadores). *Diálogos entre historia social e historia cultural*. México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, CONACULTA-INAH, 2005, páginas 109 a 131.

lealtades políticas, la compleja interrelación de factores nacionales e internacionales, el “efecto demostración”, las percepciones diferenciadas de los hechos por los distintos sectores de una sociedad. Por ejemplo, el Partido Comunista español en la Guerra Civil, los partidos comunistas italiano y francés en la lucha por la liberación; también podría señalarse 1945 y los errores estratégicos del Partido Comunista argentino en relación al naciente peronismo o la relación del primer Partido Comunista cubano con Batista a finales de los años ‘30 y ‘40 como ejemplos negativos en el proceso de arraigo en la conciencia nacional de la clase obrera.

Nos encontramos aquí con el fenómeno de la fijeza de una identificación social y política entre grandes grupos de trabajadores y (aunque en menor medida) de trabajadoras. Es como si algunos períodos breves de tiempo histórico tuvieran un privilegio peculiar consistente en formar aspiraciones, identidades y lealtades que luego pueden durar, aparentemente ajenos a las circunstancias externas, largos períodos, durante los cuales otros grupos de marxistas o socialistas a menudo han tratado en vano de alterar estas orientaciones y lealtades una vez más³⁶.

Una cuestión crucial es evitar el fragmentarismo, la tentación académica positivista del recorte temático aislado. La investigación debe estar dirigida por la idea de *totalidad* que plantean Lukács y Gramsci. El provincianismo metodológico desnaturalizaría profundamente la percepción que de sí mismos tenían los comunistas como agentes de una revolución *mundial*, de una confrontación gigantesca a escala del planeta, por lo que la sola dimensión nacional, y mucho menos la local, podrían dar cuenta de la ideología, percepciones, valoraciones y estrategias del proceso comunista.

POLÍTICA Y ACADEMIA EN TORNO A LA HISTORIA DEL COMUNISMO

Del notable historiador inglés Edward Thompson extraigo dos postulaciones teóricas y metodológicas importantes acerca de cómo situarse en el debate en torno a la historia del comunismo. La primera:

“En Estados Unidos la gente me pregunta a menudo sobre cuestiones metodológicas. A veces creo que se utiliza la metodología en lugar de la teoría. Existe la metodología, que constituye el nivel intermedio en el que la teoría pasa a formar los métodos apropiados que van a emplearse cuantitativos, literarios, o como sean para poner a prueba la teoría; y también aquel en que los hallazgos empíricos se incorporan para modificar la teoría. Este nivel intermedio existe. Pero a veces la gente habla como si se pudiera tener una metodología sin teoría, o como si pudiera guardarse la teoría en un cajón cerrado de la mesa. Esto es especialmente aplicable a lo que yo he descrito como derecha ideológica”³⁷.

Mucho de lo que actualmente se discute en términos de la apertura de los archivos soviéticos en relación a la historia del comunismo está contaminada de esa actitud *metodologista* criticada por Thompson. No es que desconozca, o minimice, la enorme importancia que reviste el acceso y metodología de utilización a las nuevas masas documentales que sin duda resultan y resultarán esenciales para mejorar, completar, revisar y en muchos casos rehacer totalmente la historia del comunismo soviético e internacional. Yo mismo me estoy beneficiando de manera directa como historiador del comunismo mexicano de este verdadero acontecimiento mundial en materia de fuentes históricas, aunque también es preciso señalar desde ya el manejo sesgado, intencionado y manipulado con el que crecientemente se ha administrado tal “apertura”, muchas veces en beneficio de las grandes corporaciones académicas estadounidenses. Y también las limitaciones al proceso de apertura, y algunas graves cuestiones de poder que están involucradas en el mismo, así como el manejo político intencionado de algunos grandes repositorios, del que la

³⁶ Perry Anderson. *Op. cit.*, página 160.

³⁷ Edward P. Thompson. *Op. cit.*, página 308.

manipulación, saqueo, censura y dispersión del archivo y la biblioteca personal de Stalin es un ejemplo notorio y evidente³⁸.

La segunda postulación de Thompson:

“Creo que toda teoría es provisional. La idea de tener una teoría consistente y que abarque todo es en sí misma una herejía. Considero aunque esto puede formar parte de una tradición baconiana la teoría como crítica, como polémica. Creo firmemente en destacar el aspecto teórico de los problemas, pero también creo que a veces se consigue mejor mediante el método crítico. También esto se encuentra en Marx y Engels. [...] Deberíamos practicar esto más. Nada me decepcionó más de los años sesenta que el hecho de que estuviera surgiendo toda una generación de izquierdas, y de marxistas, cuyas flechas no rozaban siquiera los oídos de la oposición, porque hablaban en un vocabulario diferente y en otro lugar. Pocas veces sometieron los productos intelectuales o ideológicos de la sociedad intelectual dominante a un examen minucioso, polémico, crítico, del tipo que exigiera una respuesta. De ello que nos encontremos con esta ridícula situación en la que los poderes establecidos se consideran a sí mismos académicos ‘objetivos’ y la izquierda se considera ideológica, cuando la verdad es que muchas veces puede verse claramente que la situación es la contraria”³⁹.

El planteo de Thompson en torno a la práctica de la crítica significa poner un dique al teoricismo aséptico y al academicismo, y expresa la necesidad de plantear con fuerza las posiciones políticas e ideológicas involucradas en la cuestión investigada. La historiografía del comunismo, como ya hemos argumentado hasta el exceso, es un campo de confrontación extremadamente sensible en el que es necesario exponer con claridad las posiciones y articular la necesaria polémica sin concesiones a las “buenas maneras” de la academia.

Finalmente, existe una dimensión de la historia del comunismo que es la institucional, el modo de producción material de una historiografía crítica que debe ser considerada. Resulta clara la importancia de la autonomía de las instituciones académicas de alto nivel y la defensa democrática de la libertad de investigación y debate. La realización del coloquio en el que se produjo este trabajo en el ámbito y con el apoyo de instituciones públicas mexicanas es una muestra de esto. Sin embargo, y con mayor alcance aún que el de la simple cuestión logística, resulta digna de reflexión la siguiente postulación del historiador británico:

“Lo que los socialistas no deben nunca hacer es permitirse depender *enteramente* [el subrayado es mío] de instituciones establecidas: casas editoras, medios de comunicación comerciales, universidades, fundaciones. No quiero decir que todas estas instituciones sean represivas: desde luego pueden hacerse en ellas muchas cosas positivas. Pero los intelectuales socialistas deben ocupar un territorio que sea, sin condiciones, suyo: sus propias revistas, sus propios centros teóricos y prácticos; lugares donde nadie trabaje para que le concedan títulos o cátedras, sino para la transformación de la sociedad; lugares donde sea dura la crítica y la autocrítica, pero también de ayuda mutua e intercambio de conocimientos teóricos y prácticos, lugares que prefiguren en cierto modo la sociedad del futuro”⁴⁰.

Un asunto de primordial importancia es el de la lucha política. La historia del comunismo no se aborda, desde una perspectiva que siga reclamándose marxista, para elaborar “conocimientos” y “saberes” en y para la academia, o al menos solamente reducida a ese ámbito. La historia del comunismo no es para hacer una historia de “buenos” y “malos”, de

³⁸ Es ejemplar en este aspecto el notable capítulo I, “El archivo personal de Stalin: ¿oculto o destruido? Hechos y teorías”, del libro *El Stalin desconocido. Op. cit.*, páginas 73 a 111.

³⁹ Edward P. Thompson. *Op. cit.*, página 313.

⁴⁰ *Ib-ídem*, página 318.

“inocentes” o “culpables”, o la historia de un “totalitarismo”, o para repartir laureles y castigos *post facto*, sino para indagar en la experiencia más profunda y significativa de la moderna historia mundial en torno a la liberación de la explotación del hombre por el hombre. En sus aciertos y errores, a través del curso general de su desarrollo. Para sostener que el hombre puede desafiar la *historia naturalizada* e intentar construir otra. Para evitar que el pasado sea una cantera de elaboración de argumentos reaccionarios y preservar para la lucha por la transformación social al que efectivamente pertenece ese pasado construido por millones de grandes y pequeñas acciones y heroísmos. Una crítica concienzuda y sin concesiones a ningún prejuicio en el análisis e interpretación del pasado es un elemento imprescindible de la tarea de recomposición de los movimientos liberadores.